



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 22 No. 2

Junio de 2019

CONTEXTOS EDUCATIVOS URBANOS Y RURALES VULNERABLES: UN ESTUDIO DE RESILIENCIA

Ana Castro Ríos¹, Eugenio Saavedra Guajardo² y Claudio Rojas Jara³
Universidad Católica del Maule
Chile

RESUMEN

Con el objetivo de describir y comparar los perfiles de resiliencia de niños y niñas de sectores vulnerables, rurales y urbanos, de colegios municipales, provenientes de la Séptima Región de Chile, se administró la Escala de Resiliencia Escolar (ERE). La muestra estuvo compuesta por 453 escolares, 230 hombres y 223 mujeres, cuya residencia era rural en el caso de 190 sujetos y 263 que vivían en sectores urbanos. Se realiza un análisis estadístico descriptivo - comparativo, con las variables sexo y lugar de residencia. Entre los resultados más llamativos se destaca que el promedio general de puntaje en resiliencia de la muestra total, se ubica en la categoría "nivel intermedio" de resiliencia, en tanto las mujeres obtienen promedios de resiliencia más altos que los hombres. Por su parte al desagregar por dimensiones, la categoría "Identidad – Autoestima" aparece con puntajes más disminuidos y la dimensión "Redes y Modelos" la más desarrollada. Por su parte al comparar los grupos con residencia rural y urbana, se describen diferencias estadísticamente significativas a favor de los primeros, lo que se analiza desde la perspectiva de los estilos de vida de los diferentes ambientes, donde el sector rural llevaría ventajas en torno a los niveles de

¹Académica, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: acastro@ucm.cl

²Académico, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: esaavedr@ucm.cl

³Académico, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Católica del Maule. Correo electrónico: crojasj@ucm.cl

conocimiento y confianza entre sus habitantes. También se analizan los resultados de la comparación por sexo, explicando dichos resultados por el tipo de socialización que se desarrolla en niños y niñas, estimulando a estas últimas con conductas sociales y afectivas más explícitas.

Palabras claves: resiliencia, escolares, rural, urbano, diferencias por sexo

VULNERABLE URBAN AND RURAL EDUCATIONAL CONTEXTS: A RESILIENCE STUDY

ABSTRACT

With the objective of describing and comparing the resilience profiles of children from vulnerable rural and urban sectors of municipal schools from the Seventh Region of Chile, the School Resilience Scale (ERE) was administered (Saavedra y Castro, 2009). The sample consisted of 453 schoolchildren, 230 male and 223 women, whose residence was rural in the case of 190 subjects and 263 who lived in urban sectors. A descriptive - comparative statistical analysis was carried out with the variables gender and place of residence. Among the most striking results, the general average of the resilience score of the total sample is located in the "intermediate level" category of resilience, while women gain higher resilience averages than men. On the other hand, when disaggregating by dimensions, the category "Identity – Self esteem" appears with lower scores and the dimension "Networks and Models" the most developed. On the other hand, when comparing groups with rural and urban residence, statistically significant differences are described in favor of the first, which is analyzed from the perspective of the lifestyles of the different environments, where the rural sector would take advantages around the levels of knowledge and trust among its inhabitants. In the same way, the results of the comparison by sex are analyzed, explaining these results by the type of socialization that develops in boys and girls, stimulating the latter with more explicit social and affective behaviors.

Key words: resilience, school, rural, urban, differences by sex.

Este artículo da cuenta de una investigación cuantitativa sobre resiliencia y niñez, permitiendo contrastar la percepción de 453 escolares rurales y urbanos sobre su estado de resiliencia y así establecer perfiles comparativos, que permitan observar diferencias que orienten posteriormente las intervenciones con esta población.

La resiliencia puede ser comprendida como un proceso interaccional y de negociación de significados, lo que aporta a la discusión teórica en este tema, una

mirada más dinámica y no sólo centrada en los factores protectores o de riesgo presentes; que además corresponden a situaciones sociales que la niñez y sus familias deberán sortear con el apoyo de políticas sociales diferenciadoras (Cyrulnik, 2014; Delage, 2008; Saavedra, 2011a).

Las investigaciones en niñez suelen centrarse en localidades urbanas y menos en localidades rurales (Castro, Saavedra, y Saavedra, 2010; Juárez y Rodríguez, 2016; Medrano, 2014). El aporte de información para estos segmentos será de vital importancia para comprender diferencias y capacidades distintivas, que permitan a los profesionales que desarrollan sus intervenciones con niños y niñas, desde la perspectiva de la resiliencia, apoyarse en capacidades fortalecidas, para iniciar el trabajo de transformación en aquellas que los niños presentan descendidas. En otras palabras, diagnosticar desde lo que el niño y la niña tiene (su estar resiliente), y no desde su déficit (Saavedra, 2011b).

El artículo describe los componentes teóricos y conceptuales, para comprender el tema investigado; posteriormente indica la metodología e instrumentos empleados y decanta en algunas conclusiones que pudieran orientar intervenciones con el segmento de la población estudiado.

SOCIALIZACIÓN Y RESILIENCIA

La actual centralidad de la infancia en las sociedades modernas, se ha visto enfrentada a una contradicción, puesto que, son objetos preferentes de protección y estudio, pero por otros niños, niñas y adolescentes resultan invisibles, en cuanto a sus interpretaciones de la realidad, y por sobre todo a su capacidad de tomar decisiones en sus entornos (Cabriolé y Sanhueza, 2016; Vergara, Peña-Chávez y Vergara, 2015).

Las políticas públicas por su parte, en ámbitos tales como la salud y la educación, tiene a niñas, niños y adolescentes como sus principales destinatarios, sin embargo, tiende a fragmentarlos en categorías de beneficiarios homogéneos, más que a las distintas dimensiones heterogéneas que los cruzan como clase social, etnia, género, pertenencia urbana o rural, pertenencia religiosa, lenguaje, y a la temporalidad histórica (Vergara *et al.*, 2015).

En el caso de la familia, el modelo de socialización de la infancia se ha basado, en general, en la reclusión en la intimidad del hogar, la autoridad paterna y el resguardo respecto a los influjos externos (Cabriolé y Sanhueza, 2016). En la actualidad este modelo no se ha perdido completamente, sino más bien se ha visto reemplazado por una fuerte presencia institucional, expresada en el interés del Estado por la normalización de la infancia, a través de la escolarización obligatoria y del desarrollo de un sistema socio-jurídico de protección infantil (Batthyány, 2016; Gutiérrez et al, 2016).

La sociedad actual, se caracteriza por ser un espacio que presenta algunos riesgos para las personas, asociados a su seguridad y a la brecha social que se ha construido, dadas las diferencias entre aquellos con más y menos recursos. En la misma dirección los procesos de modernización y globalización contribuyen a crear nuevas demandas en términos de responder a cambios acelerados en el quehacer cotidiano (Castro, 2011).

El tema de los cuidados y el buen trato, es preocupación actual de investigaciones y políticas vinculadas a la niñez y adolescencia. Contreras y Vega (2016), indican que el buen trato es considerado como una producción social, ya que se genera a partir de las competencias de la comunidad en la que se desarrollan los niños, niñas y adolescentes y sus cuidadores más directos. Los ambientes para que estas familias puedan desarrollar estas acciones, requerirán a su vez de condiciones ambientales, sociales, institucionales, que les permitan alcanzar dicho desarrollo.

Una de las formas para responder a estas exigencias sociales es la capacidad de resiliencia que desarrollamos, siendo un proceso que no tan solo significa resistencia a la adversidad, sino que permite la autocorrección de nuestras acciones y el crecimiento de los sujetos ante la crisis y los obstáculos (Gómez y Kotliarenco, 2010; Saavedra, 2011b).

A modo de definición, se puede señalar, que la resiliencia es un patrón conductual positivo, que las personas presentan bajo situaciones de estrés o adversidades y les permite recuperarse, manteniéndose integras en su estructura, a la vez que

logran bienestar restableciendo los eventuales equilibrios perdidos (Gómez y Kotliarenco, 2010).

Frente a estas situaciones, las personas y la familia resiliente presentarían algunos elementos protectores que atenuarían los efectos de la situación adversa; patrones de conducta positivos, habilidad para recuperarse, estructura y normativas claras, apoyo mutuo entre los miembros, vínculos afectivos cálidos, redes familiares disponibles, comunicación efectiva, participación de los miembros, entre otros (Pereira, 2010).

Por su parte existen estudios que relevan el papel de la mujer en sus roles de madres, abuelas o cuidadoras, en torno a que ejercen una influencia positiva para el desarrollo de los niños, cuando estas poseen o establecen redes con su ambiente extra familiar. Del mismo modo, el entorno inmediato de la familia, como lo es el vecindario o sector donde habitan, generan condiciones que favorecen o dificultan dicho desarrollo (Ramírez-Osorio y Hernández-Mendoza, 2012). De esta manera, tanto el rol de la mujer como el rol del entorno inmediato, juegan un papel crucial a la hora de desarrollar respuestas resilientes frente a la adversidad.

Según Delage (2008), tomar en consideración los factores de riesgo y los de protección en el nivel familiar, requiere ampliar el campo y situarse en la perspectiva de un modelo de desarrollo contextual, pasando por varias esferas concéntricas que interactúan entre sí, siendo la primera la del individuo con sus propias características, la segunda, alude al entorno más cercano, es decir, el micro sistema, luego, se encuentra la familia ampliada, los vecinos, amigos, el mesosistema, la cuarta, se refiere a la escuela, y la última se refiere a los valores, y normas sociales y es lo que se denomina macrosistema.

Otro aspecto compartido es que la resiliencia, a nivel personal o familiar, ha sido vista de dos formas. En un enfoque de resiliencia de “mínimos”, se destaca el rol de la adaptación, es decir, la resiliencia sería un proceso dinámico de adaptaciones positivas dentro un contexto de significativa adversidad (Saavedra, Salas, Cornejo, y Morales, 2017). Por otra parte, un enfoque de resiliencia de “máximos” no se limita a la recuperación o continuidad del equilibrio previo tras la crisis, sino que apuesta por la transformación y crecimiento. En esta mirada, la

resiliencia es la capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido o transformado por experiencias de adversidad (Vanistendael y Saavedra, 2017). Al entender la resiliencia como un proceso interaccional y de negociación de significados (Saavedra, 2011b), es útil distinguir tres ejes o dimensiones que influyen en la construcción de las herramientas resilientes en la familia: a) los sistemas de creencia, sentido que se otorga a la adversidad, perspectiva de esperanza y trascendencia b) la organización familiar, grados de flexibilidad, posibilidad de cambio, cohesión, recursos sociales, redes, y c) la comunicación al interior de la familia, honestidad, expresión emocional, colaboración (Gómez y Kotliarenco, 2010; Saavedra *et al.*, 2017).

De acuerdo a lo anterior, la contextualización del evento adverso y la visión positiva frente a él, generarán una redefinición del mismo, haciendo que el evento se perciba como manejable (Coletti y Linares, 1997; Hawley, 2000). La capacidad de abrirse a los cambios, así como la flexibilidad de la familia favorecerán las respuestas resilientes, ayudando a reorganizar roles, generando apoyo mutuo y buscando nuevos recursos (Saavedra, 2011a). La expresión abierta de emociones, así como la colaboración frente a los problemas, resultan ser mecanismos efectivos para la cohesión frente a la situación demandante. Por tanto, los procesos de autoestima, comunicación y poder resultarán centrales a observar en la dinámica familiar al momento de evaluar resiliencia.

RESILIENCIA FAMILIAR

Dada la relevancia que han cobrado los temas de familias, vinculados a movimientos sociales feministas, investigaciones sobre sus transformaciones y temas más cotidianos (lamentablemente) como maltrato, abusos sexuales, negligencia de los cuidados de sus miembros, por nombrar algunos; nos detendremos el ámbito de la resiliencia familiar.

La resiliencia es un concepto intersubjetivo y en especial en el plano de trabajos con familias, se comprende solo si se lo sitúa en la conjunción entre lo intra e interpersonal y en los vínculos significativos con el entorno (Delange (2010).

Asumiendo esa complejidad, optaremos por entender, a diferencia de lo que desarrolla el autor, que la respuesta resiliente familiar no solo estará vinculada al trauma, sino que estandolo indisolublemente, también comprenderá las adversidades cotidianas que las familias enfrentan y van generando dolor y agudización de situaciones negativas.

La resiliencia familiar hará referencia a la capacidad de encontrar recursos, de perseverar en desplegar las acciones más apropiadas a las dificultades que se enfrentan. Y siguiendo esa línea, que tiene sus raíces en los enfoques de terapias familiares sistémicas (Delange, 2010), los recursos asociados que se presentan son: patrones positivos de la comunicación familiar, compromiso de la unidad familiar, actitud positiva de sus miembros hacia las nuevas experiencias y desafíos, actitud demostrativa de apoyos emocionales, complicidad y pertenencia grupal, habilidades para resolver problemas, pasar tiempo juntos y la búsqueda de sentido (Ahlert y Greeff, 2012; Walsh, 1998; Greeff y Nolting, 2013).

Los recursos colectivos que las familias pondrán en marcha, le permitirán sostener y ayudar a uno a varios miembros, para trabajar en la búsqueda de soluciones de las situaciones que los aquejan. Esto no significa que la familia sea excepcional o especial respecto de otras, sino que está dispuesta a integrar las experiencias dolorosas vividas y generar respuestas más eficaces, que reorganicen a sus miembros para el enfrentamiento de estas.

La familia en este escenario, cumple con dos roles fundamentales, a saber, la protección de sus miembros y la adaptación de los mismos a la cultura (Ramírez-Osorio y Hernández-Mendoza, 2012). En este sentido, esta institución desarrolla una tarea de transmisión cultural, a la vez de brindar los cuidados básicos para el sujeto en formación.

Hasta hace pocos años atrás, la investigación en torno a la familia, se centraba en la identificación de deficiencias, crisis o disfuncionalidades. Hacia la década de los noventa se produce un cambio en torno a reconocer las fortalezas y potencialidades de este grupo al enfrentar dificultades. En este sentido, el enfoque de la resiliencia aportó a tener una mirada positiva de las personas, que, a pesar de las adversidades, lograban superar el obstáculo y atenuar los efectos del estrés

presentado. Indudablemente este cambio de óptica nos ayuda a centrarnos en las posibilidades, las potencialidades y las fortalezas de las personas, más que en sus carencias y debilidades (Saavedra, 2011a).

Al definir la resiliencia y en específico la resiliencia familiar, debemos entender este proceso influido por variables tanto biológicas, psicológicas y sociales, y que se trata de un fenómeno que ocurre preferentemente en la interacción con otros (Bronfenbrenner y Evans, 2000; Shonkoff y Phillips, 2000).

De este modo la mirada de la resiliencia familiar se apoya en el fenómeno relacional y sistémico, que ocurren en los intercambios de las personas. En dichos intercambios lo que se pone en juego es la mirada de mundo que se construye y los modos de significar las experiencias (Saavedra, 2011b). Así en la resiliencia intervienen diferentes niveles y sistemas, desde lo biológico, el apego, la autorregulación personal, la familia, los pares, hasta llegar al nivel social cultural (Masten y Obradovic, 2006). El dinamismo de este fenómeno estará presente en todos esos niveles, generando características particulares en cada persona y constituyéndose en un proceso que es siempre contextual e histórico.

Siendo la resiliencia un proceso dinámico y no una condición siempre presente, tanto en las personas como en las familias, estas últimas, deberán estar atentas a movilizar sus recursos para enfrentar las tensiones que el medio externo y sus propias relaciones provoquen. Delange (2010) señala que no existirá un único camino para que las familias desarrollen resiliencia, sino que las vías son múltiples y dependerán de las características que las propias familias presenten, de su estructura de funcionamiento, de la cultura a la que pertenecen y de la propia situación que enfrentan. Aquí la flexibilidad de sus miembros y el espíritu colectivo también flexible, será uno de los elementos centrales a la hora de desarrollar la resiliencia familiar.

Además de la flexibilidad, también el contar con redes (Castro, Saavedra y Saavedra, 2010) es un componente que permitirá a las familias, sentirse acompañados en las dificultades que enfrentan y por, sobre todo, encontrar colaboración en sus posibles soluciones; el aislamiento es el principal obstáculo para desarrollar resiliencia.

Con base a Delange (2010), se pueden señalar condiciones o procesos que permitirían desarrollar resiliencia en las familias, basándonos en:

- a) La creencia desarrollada en la familia: “*a pesar de todo se puede salir adelante*”. Este convencimiento como grupo o colectivo familiar, será de gran importancia al momento de enfrentar una situación traumática o una situación que se ha vuelto aguda y negativa para sus miembros.
- b) La posibilidad de tener cierto dominio de la situación: acción y control. Esto implicará que la evaluación del grupo familiar de la situación enfrentada es acotada, dolorosa, pero no invalidante para ser intervenida.
- c) Continuidad de la funcionalidad familiar: roles tareas, normas. A pesar de la situación, la dinámica familiar puede continuar; posiblemente, no con la misma energía y disposición de todos sus miembros, pero funcional al día a día.
- d) Recuperación de cierta seguridad: interna y externa. Evaluar en el corto plazo, que los intentos de recuperación, aunque sean lentos, están dando resultados; ya sea en las interrelaciones, así como en los sistemas cercanos, que implican ayuda o colaboración (mesosistemas). Lograr identificarse como parte de una comunidad mayor.
- e) Ética relacional: la preocupación de cuidar al otro. Este aspecto guarda relación con lo denominado *incondicional*, en las relaciones de afectividad en las familias. Reconocer en los otros que, a pesar de las condiciones y posibilidades materiales, físicas y culturales, pueden estar atentos entre sí.
- f) La dimensión espiritual existente en la familia. Esto obedece a los sistemas de creencias que la familia desarrolle para comprender y dar sentido a su mundo, a su sistema de vida.
- g) Construcción de una historia válida de que lo acontecido, les posibilite a volver a encontrar sentido de futuro. Aprender a resignificar las experiencias vividas.

En este sentido, recalcar que la perspectiva resiliente se centra en mirar las posibilidades, las potencialidades de las personas, las familias, los colectivos, las comunidades y no los déficits. Esto es de suma importancia para quienes trabajen

profesionalmente con esta mirada. En todo espacio con carencias, o dificultades, siempre existirá una capacidad para desarrollar o potenciar.

LAS TRANSFORMACIONES EN LAS FAMILIAS Y EL ENTORNO RURAL

Los cambios que han venido enfrentando las familias en Latinoamérica, desde los años 90 a la fecha, son variados y pueden ser observados desde diferentes perspectivas: en cuanto a su estructura, el ciclo de vida y la composición generacional que hoy presentan.

En relación a las estructuras familiares en la Región, los hogares biparentales nucleares y extensos, al 2010, todavía representan el 52.1% (Ullman, Maldonado, y Nieves, 2014). Los hogares monoparentales, en su inmensa mayoría encabezados por mujeres han aumentado de manera sostenida; sin embargo, lo han hecho en magnitudes diferentes por países, abarcando rangos entre 12.4 % en los hogares de Perú, hasta el 13.3% de hogares con jefatura femenina en Chile. Otras de las estructuras que han venido aumentando en cifras, son las familias nucleares sin hijos (de 8 a un 11%) y los hogares unipersonales de un 7 a un 11%. Los mismos autores indican, en relación a la composición de las familias en cuanto al momento del ciclo de vida y composición generacional, que la transformación más notoria, corresponde al aumento de hogares que se encuentran en la etapa de salida de los hijos, de 19 a un 29% y parejas mayores sin hijos, de un 6.7% a un 10.3 %; en este sentido los hogares en los que conviven miembros de sólo una generación, aumentaron de 23% a un 34%, todo esto en claro reflejo del procesos de envejecimiento de la población (Ullman *et al.*, 2014).

Describiendo de manera muy general las características de familias urbanas y rurales, como resultado de observaciones de intervención profesional con estas, se podría decir que las familias rurales: poseen mayor apego a la familia, son familias más extensas, poseen reglas y roles muy marcados y mayor cooperación en las tareas cotidianas. Las familias urbanas por su parte, tienen un número menor de integrantes, reglas más flexibles, roles con actividades más específicas, presentan mayor desapego a la familia y menor colaboración en las responsabilidades cotidianas dentro de la familia (Castro, 2011).

La evolución que se ha venido dando en las familias, no es otra cosa que respuestas o ajustes de esta estructura social, a procesos más globales de cambio. Todos estos elementos presentes a través de los últimos tiempos, hacen que hoy sea cada vez mayor la diversidad de formas y estilos de vida, la heterogeneidad de influencias sobre hábitos, valores, imágenes, formas de convivencia y modos de pensar; todo esto influenciado o potenciado además por los procesos de globalización que están transformando los vínculos entre las personas y los diferentes grupos a los cuales pertenecen y a su vez la relación de estos con los diferentes sistemas sociales (Castro, 2011).

Otro ámbito de la sociedad que ha sufrido transformaciones importantes, es el mundo rural, a partir de los procesos de modernización y globalización. De acuerdo a lo que señala Canales (2008), en los últimos cincuenta años, estos cambios han estado marcados por tres épocas; las dos primeras muy cerca una de la otra y actualmente se estaría desarrollando un cambio de época, donde la última modernización estaría comenzando a mostrar sus limitaciones, duplicadas, según el autor, en el caso rural.

Todas estas evoluciones, sin embargo, se producen en tensión, no son lineales, dejando atrás definitivamente ciertas expresiones, sino que por el contrario algunas se mantienen, como tradiciones ancladas al patriarcado y la práctica hacendal. De esta manera, los procesos de transformación social de las estructuras y procesos familiares se presentan en tránsito lento, el desfase es mayor en las familias rurales; en relación a la modificación de crianza en los estereotipos de los roles tradicionales de hombre y mujer y por tanto en las relaciones de poder más democráticas en la pareja y con los hijos (as) (Castro, 2011).

En el marco de esta investigación, los elementos de relación, de territorialidad, de identidad y de actividad marcarán las características para entender la ruralidad y las familias que viven en ese contexto. La permanencia de diferentes miembros de la familia en el territorio, permitirá que estas cuenten con una red importante para la crianza y cuidado de los niños, niñas y adolescentes.

MEDICIÓN DE LA RESILIENCIA

La medición de los niveles de resiliencia o características resilientes, ha sido una preocupación desde la década de los '90, para investigadores psicólogos y educadores, que han visto en esta variable una oportunidad de intervenir y promover esta área.

A finales del siglo pasado, aparece en Estados Unidos la escala CD RISC de Connor y Davison (Connor, 2003) con una propuesta en 26 ítems, cuya finalidad era evaluar el nivel general de resiliencia de un sujeto adulto o joven.

Como contraparte y con el objetivo de desarrollar una escala más cercana a la realidad Latino Americana y en específico la realidad chilena, se crea la escala SV-RES (Saavedra y Villalta, 2008) que consta de 60 ítems y genera un puntaje general y nos provee información en 12 áreas: identidad, autonomía, satisfacción, pragmatismo, vínculos, redes, modelos, metas, afectividad, autoeficacia, aprendizaje y generatividad. Dicha escala está dirigida a evaluar jóvenes y adultos, basada en los marcos teóricos de Grotberg y Saavedra (Saavedra, 2011b).

Por su parte en México, se construye el Cuestionario de Resiliencia de González Arratia (González Arratia, 2008) que consta de 35 ítems y nos indica un puntaje general de resiliencia.

Siguiendo esta misma dirección en Chile se construye la Escala de Resiliencia Escolar (ERE) que consta de 27 ítems y provee información en cinco áreas (Saavedra y Castro, 2009). Dichas áreas básicamente son:

- Identidad – autoestima: referida básicamente a fortalezas internas que ha desarrollado el niño y a definiciones básicas en torno a su manera de ser.
- Redes – modelos: encaminada a medir el apoyo o posibilidades de apoyo percibido por el niño en relación a su entorno y a la capacidad de seguir modelos por parte del sujeto.
- Aprendizaje – generatividad: que serían las habilidades del niño en torno a dar solución a los problemas y aprender de las experiencias vividas.
- Recursos internos: relacionados con las cualidades personales del sujeto que serán la base para resolver situaciones de adversidad.

- Recursos externos: referidos a características relacionales del sujeto que establece con su entorno, en la búsqueda de soluciones. También se incluyen los recursos disponibles y cercanos al niño.

Para el presente estudio, será esta última escala la que se ocupó, dadas sus características de medición y tomando en cuenta que su validez y confiabilidad están calculadas con población chilena.

OBJETIVO GENERAL

Describir y comparar el perfil de resiliencia de niños y niñas, de colegios municipales, de la séptima región de Chile, provenientes de sectores urbanos y rurales, evaluados a través de la Escala de Resiliencia Escolar – ERE (Saavedra y Castro, 2009).

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Describir los niveles de resiliencia de niños y niñas provenientes de sectores urbanos de la séptima región de Chile.
- Describir los niveles de resiliencia de niños y niñas provenientes de sectores rurales de la séptima región de Chile.
- Comparar los niveles de resiliencia de niños y niñas provenientes de la séptima región de Chile.

Comparar los niveles de resiliencia de acuerdo al lugar de procedencia, de los niños y niñas de la muestra.

MÉTODO

Participantes

Teniendo en cuenta que la población estimada de niños y niñas que asisten a colegios municipales de la provincia de Curicó, Séptima Región de Chile, asciende a 6.600, se accedió a una muestra intencional de 453 sujetos (nivel de error 4,44, con un nivel de confianza del 95%). Del total de la muestra, 230 fueron hombres (50,7%) y 223 mujeres (49,3%).

Instrumento

Escala de Resiliencia Escolar para niños y niñas entre 9 y 14 años (Saavedra y Castro, 2009), consta de 27 ítems y proporciona un puntaje global de resiliencia y puntaje por dimensiones. Presenta una confiabilidad de 0,88 (Alfa de Cronbach) y una validez de 0,78 (Coeficiente de Pearson).

Procedimiento

La Escala fue administrada por alumnos universitarios entrenados y contaron con la supervisión de los investigadores. Se aplicó el instrumento en aquellos colegios que accedieron a participar y se emitieron los respectivos consentimientos y asentimientos informados (madres y niños). La administración fue de tipo grupal y demoró en cada aula alrededor de 20 minutos cada una.

Por el carácter de la investigación, las descripciones se realizaron a través de medidas de tendencia central y de dispersión, y las comparaciones a través de la prueba T, usando para ello el paquete estadístico SPSS 18.0, compatible con sistema Windows.

RESULTADOS

La muestra definitiva quedó conformada por 453 sujetos entre 9 y 14 años de edad, provenientes de colegios municipales de la provincia de Curicó, Séptima región de Chile. Del total, 230 fueron hombres y 223 mujeres, arrojando un 50,7% y 49,3% respectivamente, siendo estas cifras muy cercanas a la distribución poblacional de la zona. En términos de sector de procedencia 190 escolares provenían de zonas rurales y 263 de zonas urbanas, correspondiente a un 42% y 58% respectivamente.

El puntaje total de resiliencia del grupo fue de 115,89, ubicándolos en un Percentil 43, dentro de lo que podemos denominar un nivel de resiliencia promedio. Al desagregar por sexo, nos encontramos que las mujeres describen un puntaje de resiliencia de 117,19, ubicándolas en un percentil 50, en tanto los hombres alcanzan un puntaje total de resiliencia de 114,57 ubicándolos en el percentil 40. Del mismo modo, observamos que, al desagregar por sector de procedencia, los

niños y niñas de sectores urbanos obtienen un puntaje de resiliencia de 113,98, ubicándolos en un percentil 40 y los niños y niñas provenientes de sectores rurales un puntaje de 118,52, ubicándolos en un percentil 55.

Al cruzar los atributos de sexo y sector de procedencia, obtenemos para las mujeres urbanas un puntaje de resiliencia de 114,97, ubicándolas en un percentil 43, las mujeres rurales obtienen un puntaje de 120,13, ubicándolas en un percentil 60. En tanto los hombres urbanos obtienen 113,02 puntos en resiliencia, ubicándolos en un percentil 35 y sus similares de origen rural obtienen 116,81 puntos, ubicándolos en un percentil 45, como lo apreciamos en Tabla 1.

Tabla 1. Resultados puntuación promedio de resiliencia, sexo y procedencia

Sexo	Procedencia	Puntaje Promedio	Percentil
Hombre	Urbano	113,02	35
	Rural	116,81	45
Mujer	Urbano	114,97	43
	Rural	120,13	60

Fuente: elaboración propia a partir de los resultados.

La información por dimensiones y sector de procedencia, indica que la dimensión 1 “identidad – autoestima” en el caso de los escolares urbanos, alcanza a 35,87 puntos ubicándolos en el percentil 40. Del mismo modo la dimensión 2 “redes – modelos” alcanza a los 39,03 puntos, con un percentil 35 y finalmente la dimensión 3 “aprendizaje – generatividad” llega a los 38,69 puntos con un percentil 40. Por su parte los escolares rurales en la dimensión 1 alcanzan los 37,49 puntos, con un percentil 45, en tanto la dimensión 2 llega a los 40,82 puntos con un percentil 40, para finalmente la dimensión 3 alcanzar los 40,36 puntos con un percentil 50. Lo anterior se detalla en Tabla 2, indicando que los puntajes de los escolares de zonas rurales son más altos en las tres dimensiones medidas.

Tabla 2. Puntaje promedio de resiliencia por dimensión y sector de procedencia

Dimensión	Procedencia	Puntaje Promedio	Percentil
1 (Identidad - Autoestima)	Urbano	35,87	40
	Rural	37,49	45
2 (Redes - Modelos)	Urbano	39,03	35
	Rural	40,82	40
3 (Aprendizaje - Generatividad)	Urbano	38,69	40
	Rural	40,36	50

Fuente: elaboración propia a partir de los resultados.

Al comparar los grupos por sexo, encontramos que existe diferencia estadísticamente significativa a favor de las mujeres, con un 99,24% de probabilidad. Del mismo modo al comparar los grupos por sector de procedencia, existe diferencia estadísticamente significativa a favor del grupo rural, con un 99,99% de probabilidad.

Al desagregar por sexo y lugar de procedencia encontramos diferencia estadísticamente significativa entre mujeres rurales y urbanas, a favor de las primeras. No se apreció diferencia estadísticamente significativa al comparar mujeres urbanas con hombres urbanos y tampoco se apreció diferencia estadísticamente significativa al comparar mujeres urbanas con hombre rurales, como se señala en Tabla 3.

Tabla 3. Puntaje T y probabilidad de diferencia estadísticamente significativa por sexo y sector

Cruce		Punta je T	Probabilidad de diferencia significativa
Mujeres urbanas	–	3,83*	99,99%
Mujeres rurales	–	1,38	83,54%
Hombres urbanos	–	1,40	83,14%
Mujeres rurales	–	5,39*	99,99%
Hombres rurales	–	2,73*	99,38%
Hombres urbanos	–	2,95*	99,70%
Hombres rurales	–		

*Diferencia estadísticamente significativa. (alfa 0,05)

Fuente: elaboración propia a partir de los resultados.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los niños y niñas de sectores rurales aparecen con puntajes más altos en resiliencia. Lo anterior consideramos que se debe a lo señalado por Castro (2011), que en el mundo rural aún perduran relaciones de confianza mayor, hay redes informales de ayuda, mayor conocimiento entre los vecinos, ritmo de vida más pausado y menos competitivo. Todo esto influiría en generar un estilo de vida diferente que favorece la aparición de conductas resilientes.

Las mujeres en general presentan mejores resultados en resiliencia y en particular las mujeres rurales. Esto tiene relación con el tipo de socialización recibida por las mujeres, donde la expresión emocional es más abierta y se estimulan los lazos sociales, como lo señalan Ramírez-Osorio y Hernández-Mendoza (2012). La figura materna aparece más cercana a las niñas, transmitiendo patrones de conducta más afectivos, en tanto los niños aún son preparados para la vida laboral externa a la casa (régimen patriarcal).

Las redes familiares de apoyo en los sectores rurales, se pueden ver favorecidos a los cuidados de niños, niñas. Los micro y meso sistemas, como lo señala Delage (2008), interactuarían a favor de sentirse más resilientes, existiendo por un lado mayor presencia de factores protectores, en tanto existiría menor presencia de elementos de riesgo.

La dimensión Identidad – Autoestima, aparece más baja en ambos grupos en tanto la dimensión Redes–Modelos se aprecia más desarrollada. Esto tiene que ver con la etapa del ciclo vital en que se encuentran, que aún no ha definido totalmente estos aspectos identitarios. Por el contrario, “Redes y Modelos” se convierten en una herramienta que le servirá a los niños y niñas como apoyo para el aprendizaje de conductas sociales, de contacto con los otros y de réplica de modelos positivos, como lo señalan Saavedra y Castro (2009). Ambos grupos tienen perfiles similares, pero el grupo rural es más alto en todos los puntajes de resiliencia.

En definitiva y se remite a los objetivos propuestos, se logró describir el nivel de resiliencia de niños y niñas, rurales y urbanos, de una muestra extraída de la séptima región de Chile. Del mismo modo, se realizaron las comparaciones de los niveles de resiliencia, de hombres y mujeres, en tanto también se llevaron a cabo las comparaciones por lugar de residencia, en este caso rural y urbano.

Las limitaciones del estudio, pueden relacionarse con la muestra, que se refiere a una localidad definida y podría no ser representativa de condiciones urbanas y rurales de otros sectores del país o fuera de él.

Las posibilidades de réplica del estudio, al contar con un instrumento validado, favorecería contar con información, para generar propuestas de intervención diferenciadoras, en ámbitos de educación, justicia y familia.

El comparar contextos educativos rurales y urbanos, genera la oportunidad de identificar factores que favorecen o limitan el ejercicio de conductas resilientes. De este modo al distinguir los elementos que se encuentran en el contexto educativo y familiar rural, que aparece con puntajes significativamente más altos, permitirá intencionar acciones educativas, en dirección a fomentar la construcción de conductas resilientes en otros contextos.

La forma en que la familia percibe y asume su rol depende también del tipo de relación que tenga con la escuela y el sistema educativo. Esta relación se puede reflejar en las instancias de encuentro y sus dinámicas, en las principales temáticas abordadas, en los mecanismos utilizados en la toma de decisiones y distribución del poder, entre otros. Es posible encontrar en la realidad, ciertas contradicciones o interpretaciones distintas sobre conceptos que resultan centrales. La escuela sigue demandando mayor participación, pero al parecer por ello se entiende más que nada, la presencia de parte de la familia en instancias ideadas por el establecimiento, que por lo demás resultan ser bastante tradicionales.

Tanto en los discursos de las familias, la escuela y el sistema educativo, se aprecia una dicotomía en la forma de representar los roles y funciones de ambos actores. Se sigue entendiendo el rol de la familia como un apoyo principalmente desde el hogar, perpetuando la idea de que la escuela es “el” lugar de la educación, atendida por los profesionales que son “quienes saben” y la casa es el lugar donde la familia interviene. Por lo mismo se debe buscar la manera de ir transformando ese imaginario, si lo que se pretende es consolidar familias más comprometidas y verdaderamente participativas, en el amplio sentido del concepto. Como una primera señal de cambio, es necesario poner más atención al lenguaje y a la precisión conceptual, sobre todo por parte de organismos influyentes. La idea es avanzar hacia una concepción del rol de la familia y la escuela como un continuo, como una relación dialéctica que se nutre del aporte de ambos independiente de la posición de poder que se haya establecido históricamente.

La educación formal es uno de los pilares indiscutibles de la sociedad moderna, considerado el segundo espacio de socialización más relevante para niños y niñas después de la familia. En Chile la educación es entendida como un proceso cuya finalidad consiste en alcanzar un desarrollo espiritual, ético, moral, afectivo, intelectual, artístico y físico; además de capacitar a las personas para la convivencia y participación responsable, tolerante, solidaria, democrática y activa dentro de la comunidad y el desarrollo de la nación, instituyendo que son los

padres los encargados de brindar educación a sus hijos, asumiendo el Estado la función de otorgar el apoyo pertinente para que estos cumplan con su rol.

Será el espacio de las políticas públicas, desde el Estado, el que deberá garantizar a los niños y niñas y sus familias, las condiciones que le permitan superar la vulnerabilidad social, que no es otra cosa que un estado de desigualdad, que no genera el desarrollo adecuado a sus miembros. Son estas condiciones sociales, los factores sociales desventajados, que, según el estudio no facilitan las respuestas resilientes más adecuadas, por tanto, se hace imperioso generar estudios y luego intervenciones multidisciplinares que reconozcan, en primer lugar, en el espacio micro familiar, las fortalezas existentes y se puedan establecer, posteriormente, puentes sinérgicos con espacios más estructurales de la sociedad, que permitan avanzar hacia la transformación de una sociedad más justa con su niñez y las familias más pobres que se desenvuelven en sus roles, con las mejores herramientas que tienen o que ha logrado acceder a desarrollar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahlert, I. y Greeff, A. (2012). Resilience factors associated with adaptation in families with deaf and hard of hearing children. *American Annals of the deaf*, 157(4), 391-404.
- Batthyány, K. (2016). Políticas, cuidados y derechos. Desafíos y tensiones. M. De Martino y V. Giorgi (coord.) *Miradas iberoamericanas sobre prácticas profesionales en el campo familiar*. Uruguay: EPPAL.
- Bronfenbrenner, U. y Evans, G. (2000). Developmental science in the 21 century: Emerging questions, theoretical models, research designs and empirical findings. *Social Development*, 9(1), 115-125.
- Cabriolé, M. y Sanhueza, L. (2016). Una mirada crítica desde el trabajo social chileno a la política pública de infancia. El enfoque de condiciones en la evaluación de la parentalidad. M. De Martino y V. Giorgi (coord.) *Miradas iberoamericanas sobre prácticas profesionales en el campo familiar*. Uruguay: EPPAL.
- Canales, M. (2008). La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos. *Temas de Desarrollo Humano Sustentable*, 12, 33-39.

- Castro, A. (2011). *Familias rurales y sus procesos de transformación. Estudio de casos en un escenario de ruralidad en tensión*. Alemania: Editorial Académica Española.
- Castro, A., Saavedra, E. y Saavedra, P. (2010). Niños de familias rurales y urbanas y desarrollo de la resiliencia. *Revista Iberoamericana De Psicología: Ciencia y Tecnología*, 3(1), 109-119.
- Coletti, M. y Linares, J. (1997). *La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia multi problemática: la experiencia de Ciutat Vella*. Barcelona: Paidós.
- Connor, K. (2003) Development of a new resilience scale: Connor – Davison Resilience Scale (CD-RISC). *Depression a Anxiety*, 18, 76-82.
- Contreras, R. y Vega, M. (2016). Buen trato a la infancia: deriva semántica en la producción científica publicada en Latinoamérica. *Entramado*, 12(2), 140-152.
- Cyrulnik, B. (2014). *Sálvate, la vida te espera*. Buenos Aires: Debate.
- Delage, M. (2008). *La resiliencia familiar: el nicho familiar y la superación de las heridas*. Barcelona: Gedisa.
- Gómez, E. y Kotliarenco, M.A. (2010). Resiliencia familiar: un enfoque de investigación e intervención con familias multiproblemáticas. *Revista de Psicología*, 19(2), 103-131.
- Greeff, A. y Nolting, C. (2013). Resilience in families of children with developmental disabilities. *Families Systems y Healt*, 31(4), 396-405. DOI: 10.1037/a0035059.
- Gutiérrez, A. Waisrub, D., Revetria, R., Arenas, L., Domínguez, G., Camallonga, S. y Fryd, P. (2016). Protección, cuidados y corresponsabilidad. Desafíos y tensiones. M. De Martino y V. Giorgi (coord.) *Miradas iberoamericanas sobre prácticas profesionales en el campo familiar*. Uruguay: EPPAL.
- Hawley, D. (2000). Clinical implications of family resilience. *The American Journal of Family Therapy*, 28, 101-116.
- Juárez, D. y Rodríguez, C. (2016). Factores que afectan a la equidad educativa en escuelas rurales de México. *Pensamiento Educativo*, 53(2), 1-15.
- Masten, A. y Obradovic, J. (2006). Competence and resilience in development. *Annals of the New York Academy of Science*, 1094(1), 13-27
- Medrano, S. (2014). *Escuela rural y escuela urbana: ¿algo más que kilómetros?* Tesis de grado en Educación Primaria, Universidad de La Rioja, Logroño, España.

- Pereira, R. (2010) Trabajando con los recursos de la familia: factores de resiliencia familiar. *Sistemas Familiares*, 26(1), 93-115.
- Ramírez-Osorio, P. y Hernández-Mendoza, E. (2012) Resiliencia familiar, depresión y ansiedad en adolescentes en situación de pobreza. *Revista de Enfermería del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 20(2), 63-70.
- Saavedra, E. y Villalta, M. (2008) *Escala de resiliencia para jóvenes y adultos, SV-RES*. Ediciones CEANIM, Santiago de Chile.
- Saavedra, E. y Castro, A. (2009) *Escala de Resiliencia Escolar (ERE), para niños entre 9 y 14 años*. Ediciones CEANIM, Santiago de Chile.
- Saavedra, E. (2011a) *La resiliencia desde una mirada post racionalista: dos historias de vida*. Alemania: Editorial Académica Española.
- Saavedra, E. (2011b). *Investigación en resiliencia. Algunos estudios cualitativos y cuantitativos*. Alemania: Editorial Académica Española.
- Saavedra, E., Salas, G., Cornejo, C. y Morales, P. (2017) *Resiliencia y calidad de vida* (2da Ed.). San Salvador: Universidad Evangélica de El Salvador.
- Shonkoff, J. y Phillips, D. (2000) *From Neurons to Neighborhoods: The Science of Early Childhood Development*. Washintong D.C. USA: National Academy Press.
- Ullman, H., Maldonado, C. y Nieves, M. (2014). Serie Políticas Sociales, 193. *La evolución de las estructuras familiares en América Latina, 1990-2010. Los retos de la pobreza, la vulnerabilidad y el cuidado*. Santiago: CEPAL.
- Vanistendael, S. y Saavedra, E. (2017). Conversando en torno al concepto de resiliencia, los derechos del niño y su relación. En Saavedra, E., Salas, G., Cornejo, C., y Morales, P. (Ed.) *Resiliencia y calidad de vida* (2da Ed.). San Salvador: Universidad Evangélica de El Salvador.
- Vergara, A., Peña, M., Chávez, P. y Vergara, E. (2015). Los niños como sujetos sociales: el aporte de los nuevos estudios sociales de la infancia y el análisis crítico del discurso. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*, 14 (1), 55-65.
- Walsh, C. (1998). La interculturalidad y la educación básica ecuatoriana. Propuestas para la reforma educativa. *Procesos. Revista Ecuatoriana de historia*. 12, 119-128.